

AMÉRICA, NUEVA Y ÚLTIMA TULE*

ULTIMA THULE. Las dos palabras finales del coro que cierra el Acto II de la *Medea* de Séneca. Un mundo nuevo aparecerá allende el mar y ya Tule no será la postrera de las tierras —cantaba el trágico latino. En Tule terminaba, hacia el norte, el mundo conocido de los antiguos. Se dice que esa isla misteriosa fué visitada, en 340 a. C., por Piteas, navegante y astrónomo griego, y en 1477 por Cristóbal Colón. Estudia estas cuestiones y la localización de esa tierra Stefansson en obra reciente, intitulada también ULTIMA THULE. El libro de Alfonso Reyes se refiere a ese "mundo nuevo" que anunciaba Séneca y que, por no haber salido aun del reino de la fantasía, merece llamarse la última, o la más nueva Tule. En su volumen reúne el humanista mexicano diversos trabajos relativos a América, desde páginas (revisadas y corregidas) que aparecieron en 1920-1921 en *Retratos reales e imaginarios* y en la segunda serie de *Simpatías y Diferencias*, hasta las palabras que pronunció, en diciembre de 1941, en la inauguración de esta revista. El libro contiene, pues, trabajos realizados en el curso de poco más de veinte años. Pero, aun así, no carece de unidad ni tampoco de una congruente filosofía sobre la realidad americana.

América fue, primero, un sueño que se hizo realidad, y, después, una inmensa esperanza que no se cumple todavía, que acaso no pueda cumplirse nunca —no por culpa de América sino de la inmensidad de esa esperanza. La primera parte del libro de Alfonso Reyes (*El presagio de América*) estudia cómo se fue anunciando este Continente en las fantasías de los filósofos y en la inspiración de los poetas, cómo palpitaba su presencia en las adivinaciones de los viajeros y en los razonamientos de los exploradores. En su nacimiento se mezclan los sueños con la realidad. Y aun la ciencia moderna colabora para ligar la América a las antiguas fantasías. La Atlántida platónica viene a caer, según la teoría de We-

* Alfonso Reyes, *ULTIMA TULE*. México, Imprenta Universitaria, 1942.

gener de la traslación de los Continentes, no en el noroeste africano, como algunos pensaron, sino en otro bloque continental que, al separarse, permitió a nuestra América traerse consigo, en su viaje hacia el occidente, aquella tierra fabulosa. Los mismos navegantes que tocaron primero nuestras playas querían seguir viviendo sus sueños. ¿Y la vida y la personalidad de Cristóbal Colón y de Américo Vespucio, por ejemplo, no están en esa adecuada penumbra que corresponde a los padres de un Continente misterioso? El nombre mismo de América, más que una consciente designación geográfica, es una invención literaria que hizo fortuna. Y estas tierras, antes de llegar a los versos de los poetas y al pensamiento de los humanistas del Renacimiento, figuraban ya en las leyendas asiáticas y en las sagas de Escandinavia. Pero al fin emerge América a la realidad, completando sus litorales como los perfiles de una placa fotográfica bajo los reactivos. Los sueños se han realizado.

Pero queda la esperanza. Esta es casi tan antigua como los sueños geográficos, y aunque a veces no se refiere precisamente a la América, nuestro continente —único mundo nuevo que quedaba en el planeta— la ha ido polarizando. ¿No cae el Elíseo homérico hacia el extremo occidental? Del sueño se pasa a la utopía, como Platón, al pensar en la Atlántida, pasa de la vaga referencia del *Timeo* a la organizada descripción del *Critias*. Desde entonces el deseo de un mundo mejor se viene enderezando hacia occidente, y la América llega a ser un "campo de operación para el desborde de los altos ímpetus quiméricos". En la segunda parte de su libro Alfonso Reyes estudia a la América como esperanza y como realidad. El tema es vastísimo y lleno de peligros; pero lo trata —renunciando a una majestuosa presentación doctrinal— en sus diversos aspectos, como quien acota las facetas de un poliedro. Con tacto y fina inteligencia va sorteando todos los peligros de que el tema está erizado: ni fácil profecía, ni oratoria del Continente elegido, ni periodismo panamericanista. Aquí estamos, dueños de algunas de las virtudes que nos atribuyen, dispuestos a colaborar para que se cumplan las esperanzas que espontáneamente han depositado en

nosotros y cuya trascendencia (podéis estar seguros) alcanzamos a comprender con toda claridad; listos a recibir con los brazos abiertos a todos los que buscan un mundo mejor y aun a trabajar con ellos para que éste se realice; más cerca de la paz que otros pueblos, porque la historia no nos ha forzado a despedazarnos unos a los otros; dotados de una inteligencia como la de los demás, pero a la que nuestra vida y nuestro medio dan una particular orientación. Un continente —nada más— con algunas de las ventajas que da la juventud y el haber entrado en la historia universal a fines del siglo XV. Un Continente —habría que agregar— sobre el que posan todas las esperanzas que, especialmente en las épocas de calamidad y desconsuelo, han ido depositando los hombres en él.

El problema tiene, como ya lo señaló Alfonso Reyes en el pensamiento de Paul Valéry, cuatro aspectos: el político, el utópico, el americano y el humanista. *Lo primero es el problema político contemporáneo; lo segundo, la colonización de América y el sueño de un mundo mejor que la inspiraba y la acompañaba; lo tercero, la fe americana de traer una nueva contribución al mundo; lo cuarto, el sentido de continuidad en las conquistas humanas, persistencia en que reside la dignidad misma del espíritu.* Cada uno de estos aspectos tiene su historia. Y en cada uno de ellos hay elementos de verdad y elementos de capricho. Unos corresponden a la realidad del problema y nos obligan a entender y cumplir nuestra misión; los otros son fantasías histórico-sociológicas y podemos resistirnos a tomarlas como representación y guía de nuestro destino. Vayamos con la esperanza hasta el momento en que se convierte en fantasía, por más halagadora que ésta pueda ser. No giremos sino contra nuestros propios sueños. En el campo de la utopía todo cabe; todos estamos dispuestos a soñar, pero que no nos culpen —como ya ha sucedido— porque no realizamos con prisa y perfección los sueños de los demás. Y no se tenga esto por una defeción, sino por un principio de orden y de claridad. *El fárrago —dice Alfonso Reyes— el fárrago es lo que nos mata. Cuidémosle a nuestra América la silueta; pongámosla a régimen; depurémosla de adiposidades. Todos estamos convencidos de que ha llegado para nuestra América*

el momento de dar, en el mundo del espíritu, algo como un gran golpe de Estado. Conviene, pues, que estemos ágiles y bien entrenados. Yo no recomendaría en los seminarios y gimnasios otro ejercicio que el despojar la tradición.

Habría que despojar de dañosas adherencias algunos conceptos que, para muchos, son ya parte de esa tradición. Que ante una destrucción de Europa, ésta siga sobreviviendo en América, es una esperanza consoladora y una proposición justa. Pero no lleguemos por la pendiente inclinada de la “decadencia de occidente” a la afirmación grotesca de que somos ya los dueños de la cultura universal, de que automáticamente todo lo que allá se pierde aquí se gana, como un líquido que se cambia de vasija. La cultura se trasplanta, pero lo mismo que un árbol tiene que prender en la tierra. Que las civilizaciones precolombinas revelan un alto grado de desarrollo y, en ciertos campos, realizaciones sorprendentes y únicas, nadie podrá negarlo; pero no lleguemos a decir, con cierta oscuridad teosófica, que guardan todos los secretos de la vida y que no hay más que volver a ellas. Reconozcamos que es el deber de América hacerse cargo, en caso de un desastre total de Europa, de la herencia de la civilización; pero no neguemos que *algo prematuramente es llamada a su alto deber*, como el hijo que, no por estar preparado sino por la inesperada desaparición del padre, se ve obligado a ser jefe de familia. *En duro momento es convocada América a realizar su misión . . . El vuelo comienza contra el viento, no a favor del viento.* No matemos a Europa antes de tiempo por la vanagloria de suplantarla; no proclamemos nuestra madurez antes de llegar a ella.

Pero, con todos esos distingos y limitaciones, tengamos conciencia de nuestro valor, de nuestra misión y de los nuevos rumbos que seguirá la historia. *No nos sentimos inferiores a nadie, sino hombres en pleno disfrute de capacidades equivalentes a las que se cotizan en plaza.* Cuando otros pueblos no puedan hacerlo, preservemos y adelantemos, solos, *la religión, la filosofía, la ciencia, la ética, la política, la urbanidad, la cortesía, la poesía, la música, las artes, las*

industrias y los oficios. De acuerdo con su historia la América está orientada hacia la *elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono.* El hombre americano viene a tener así, en mayor escala que los demás, una virtud necesaria para la salvación del mundo futuro: un poder de síntesis. El haber entrado tarde en la historia universal no le ha dado tiempo de levantar murallas ni de armar fortalezas; como unidad de un vasto imperio colonial, sus pueblos están acostumbrados a la paz y buena inteligencia con sus vecinos; como hijo humilde de una gran nación en decadencia política, ha sabido escuchar y entender las voces de los demás; como mezcla de diversas herencias de sangre, no alienta prejuicios de raza; como unidades sociales de libre desarrollo político y de incipiente desarrollo económico, pueden ensayar nuevas y más generosas formas de organización. ¿Y quién negará que el mundo futuro tiene que formarse con las ventajas y las mejores virtudes de todos, y que la América es la porción más grande del planeta que, sin daño propio y hasta con entusiasmo, celebra la existencia de esas ventajas y la práctica de esas virtudes?

El libro de Alfonso Reyes presenta todos estos problemas con una fe lógica, con una inspiración contenida y prudente. De todos los sueños, de todas las profecías y aun de todas las locuras sobre el valor, la misión y el porvenir de nuestra América, Alfonso Reyes ha salvado lo que tienen de realidad y de cordura, de adivinación y de justicia. Y ha dado, así, una nueva muestra de una de las virtudes que señalaba en él Juan Ramón Jiménez: "Alfonso Reyes, salvador de todo lo salvable . . .".

Antonio CASTRO LEAL.

Cuadernos Americanos,

Marzo, Abril 1943, Págs. 57-60.

México, Año II, No. 2,

ALFONSO REYES Y LA EXPERIENCIA LITERARIA

ALFONSO Reyes mantiene intactas las reservas de espontaneidad, pese a sus incursiones por el campo de la erudición, tan sembrado de minas y de redes contra el libre impulso creador. Ha tenido a su cuidado ediciones como ser las del Arcipreste de Hita, Quevedo, Gracián y otros autores a cuyo servicio puso tanto fervor como responsabilidad. Sus dilucidaciones gongorinas arrancan de su primer libro de ensayos, *Cuestiones Estéticas* (1911) y van hasta el volumen en que trató el tema exhaustivamente (1927). Ahora bien, con la misma pasión intelectual ha desentrañado los valores de la literatura contemporánea, sea Mallarmé o los escritores españoles y americanos que estudia en la serie de *Simpatías y Diferencias*.

En ningún momento Reyes compromete el afán de precisión, tan vehemente, con el alarde de las referencias puntillosas. El filólogo de ocasión no se divorcia nunca del hombre de gusto y del espíritu de finura que los distingue. Por arte de levitación, Reyes se deslizó entre los preceptistas y los momificadores de la historia literaria. Sobre todo, como investigador de las tradiciones históricas, reveló una rara desenvoltura para moverse entre archivos y piezas de museos literarios. De tales estudios volvió con impresiones de entusiasmo comunicativo y primores de fervor. Ni su juicio ni su expresión se impregnaron del moho académico.

La vivacidad dialéctica dinamiza el discurso de Reyes, quien a menudo opone al conformismo una actitud de polemista con sordina. Por ejemplo, en el cambio de opiniones que sostiene con Azorín, a propósito de Gracián, la falta de estridencia en la controversia no neutraliza sus puntos de vista; por el contrario, el medio tono coloca el juego de las ideas en pugna en la luz que conviene a las operaciones de la inteligencia.

Alfonso Reyes vuelve los ojos de la sensibilidad al mundo del Arcipreste o de Lope, cuando interpreta su existencia y su obra.

Su buído poder de sutileza apunta al temblor de vida que se esconde en los pliegues del pasado, ya se trate de un poema o de una comedia. Nada menos libresco que el haz de prólogos del autor de *Capítulos de literatura española*. Aun en trance de erudito, arroja por la borda del ingenio el lastre de la micro-valoración y los asteriscos que traban como grillos el pie de la página.

Después de sus sistemáticos trabajos *La crítica en la edad ateniense* y *La antigua retórica*, Alfonso Reyes ha dado a la imprenta su último libro *La experiencia literaria*. Lleva escritas otras muchas páginas de aguda doctrina, aunque ninguna ostente el cuño del frío manipulador de conceptos. Tampoco denuncian al espectador que en nombre de la objetividad elucubra y se aísla en su gabinete, de espaldas al tumulto de su tiempo. Esta experiencia de Reyes absorbe, pues, aquella teoría y la sazona. Bien mirados, son dos hemisferios de un mismo mundo de inquietudes y problemas, si bien el último está más cerca de su intimidad. Condensa el desquite, en bloque, del escritor que reprime mil y una ocurrencias en su trato constante con el público que lee. Alfonso Reyes siempre ha mantenido un tono de coloquio con el lector, pero en los capítulos de *La experiencia literaria* muestra las vertientes recónditas de la obra y las sigue en las más entrañables ramificaciones. Es una historia o, mejor dicho, una radiografía de los momentos del proceso creador, elevando el testimonio a la categoría de experimento general.

Contiene este libro de Alfonso Reyes algunos ensayos fundamentales, ya como esclarecimientos de aspectos aislados, ya como parte integrante del tema de conjunto: la experiencia literaria. El primero "Hermes o de la comunicación humana", da la medida de la multiplicidad de los ángulos de mira de que dispone el autor para abordar, en vasta escala, un tema de tamañas proyecciones. En el capítulo "Marsyas o del tema popular", discrimina con su habitual penetración y su obstinada apetencia de claridad el folklore, visto como ciencia y como expresión en sentido estricto, de supersticiones, leyendas, ceremonias, etc.

Dos meditaciones, por separado, consagra Reyes a la poesía, aparte de las referencias insistentes que envuelven el libro de un extremo al otro, a manera de aura. Constituyen un sondeo que no elude el debate acerca de las leyes del poema y de la libertad del creador frente a la compleja estructura compuesta de palabras, ritmos e imágenes. Nietzsche reconocía la suprema emancipación en la destreza, casi magia de danzar encadenado: Reyes por su parte, admite que "...el verdadero artista es el que se esclaviza a las fuertes disciplinas para dominarlas e ir sacando de la necesidad virtud".

Uno de los más extensos y también originales ensayos del presente volumen versa sobre las "jitanjáforas". Reyes hace allí derroche no sólo de sus abrumadores conocimientos de literatura comparada sino de su afición a coleccionar las curiosidades de la lengua y los más caprichosos impulsos que cuajaron en letras de molde. Burla burlando somete a un severo análisis el secreto de la jitanjáfora, ese amontonamiento de las sílabas contra el sentido lógico del verso. Bajo las apariencias de un frívolo pasatiempo, indaga hondos estratos de la creación poética donde como en una antecámara se acumulan las corrientes irracionales. Tras de pasar revista a los jitanjáforistas, Reyes asocia el nombre de nuestro compañero Toño Salazar al de los precursores de este género de masonería literaria.

Lo mismo que el ensayo precedente, conocíamos también los otros dos titulados "Apolo o de la literatura" y "Aristarco o anatomía de la crítica". Todos ellos aparecieron en diarios y revistas de Buenos Aires, y nos los ofrece ahora ventajosamente refundidos. El primero es un claro esquema de la literatura concebida como actividad del espíritu y un moderno tratado de técnica en el que el prestidigitador, al final, muestra la clave. Alfonso Reyes observa el rigor del más exigente esbozo que encuadra en la ciencia literaria, pues sistematiza ese sumario de problemas en treinta y dos párrafos numerados, si bien reserva la libertad intuitiva para el desarrollo de cada una de las cuestiones.

El ensayo de Reyes sobre la crítica reviste, en *La experiencia literaria*, la significación de aquellas ciudades que son el centro geográfico de un país. Desde ese privilegiado observatorio, comprendemos su obra, sin excluir la que nos ocupa, desde dentro. Frente a dicha confidencia profesional de Alfonso Reyes, podríamos decir: a confesión de parte, relevo de comentarios... Los que todavía creen que el arte de examinar y juzgar la creación literaria nada tiene que ver con la sensibilidad deben detenerse ante esa tabla de posiciones y meditar sus fundamentos. Luego podrán comprobar que la teoría pasa a la práctica en otras secciones de este mismo libro. Verán cómo la reflexión crítica de Reyes opera en vivo, cómo machaca el hierro de sus construcciones conceptuales y cómo las forja en caliente. Así la consistencia y la digresión ornamental (léase estética) se apoyan una en otra.

El autor de *Visperas de España* nos cuenta ahora con entretenida prolijidad su viaje alrededor de los libros propios y ajenos. Más que nada, discurre sobre el libro, sobre su proceso de alumbramiento y sus vicisitudes dolorosas y pintorescas. Véanse los títulos: "El revés de un párrafo", "El revés de una metáfora". La rica experiencia literaria de Reyes forma un acopio de confesiones en que el crítico alterna con el exégeta, el revisionista de textos clásicos con el glosador que, según advierte en *Calendario*, ha dejado de coleccionar sonrisas por miradas. Agréguese el testimonio del traductor de Chesterton y Sterne a la versación del filólogo que, por razones de elegancia espiritual, la disimula con aire de esparcimientos, de devaneos de lingüista francotirador, libre de compromisos doctorales.

La minucia bibliográfica, el pormenor que en otros casos sabe a pedantería, adquiere movilidad en la cita aderezada por Reyes. Su método de exposición, si es que puede hablarse así, se asemeja a un accidentado curso fluvial. Pasa del salto de agua al remanso de una sabrosa divagación, moteada de anécdotas, en torno a sus recuerdos de autor. Sus cavilaciones de traductor revelan su propia conciencia al desnudo frente al deber de lealtad hacia la obra ajena;

las erratas de que ha sido víctima lo llevan a descubrir insospechadas relaciones entre los escritores y los impresores; en fin, su condición de avezado lector le permite jerarquizar sus certeras categorías de la lectura.

En Alfonso Reyes, el poeta irrumpe en el ensayista, concebido este calificativo en su proteica latitud. Así también la autobiografía, con una tenacidad de contracanto, se mezcla a sus escolios y disquisiciones. Hasta dónde tiene conciencia de ese fenómeno, lo demuestra en uno de los capítulos de *La experiencia literaria*: "La biografía oculta". Los ecos del paisaje natal y de su juventud estudiantil, caldean la exposición de Alfonso Reyes que nunca cae en lo abstracto. Repentinos paréntesis se abren como ventanas al "pasado inmediato", donde asoma el perfil de una ciudad, el rostro de un amigo o el recuerdo de una lectura realizada en fraterna compañía: tertulias en la biblioteca de Antonio Caso o en el taller de Jesús Acevedo.

Reyes gusta de insertar sus ejercicios de crítica y de historia literaria, como lo evidencia el último volumen, en una perspectiva de evocación personal y recatadamente íntima. Esta tendencia ya despunta en uno de sus primeros libros como ser en el epílogo de *El suicida* (1917). De un tiempo a esta parte, a Alfonso Reyes se le ha despertado un prematuro empeño de ordenar su obra, conforme a una perspectiva que se superpone a aquella trayectoria sentimental. Aspira a organizar su producción en grupos, de acuerdo con el plan orgánico que lo guió al escribir diversos trabajos, los cuales se relacionan entre sí, aunque figuran en tomos diferentes y hayan visto la luz en épocas distintas. Constituyen las líneas directrices de su sensibilidad y de su pensamiento que se prolongan y perfeccionan.

Pertenece Alfonso Reyes a la generación del Centenario, la cual asistió en México, como en otros países de América, a un intento de reorganización nacional y liquidación doble: la barrida del antiguo régimen feudal de oligarquías y caciques por un lado, y por el otro, la lucha contra el positivismo que oprimía a la es-

cuela. Tales orígenes formaron la base de la rica y decantada cultura de Reyes. Ella consolidó su experiencia literaria, incitó su curiosidad sin límites y robusteció su juicio avisado, permitiéndole remontarse de la anécdota al problema. Dominio de los pasajes secretos que conducen de la estética a la filosofía, sí, pero también sensibilidad alerta a los cambios políticos y sociales de su época. No en balde el temperamento de Alfonso Reyes, por afinidad, asimiló las corrientes intuicionistas que estaban en boga durante su juventud y supo abandonarse a esa iniciación tan oportuna.

Aquel movimiento de reacción contra el positivismo, lo familiarizó a Reyes con la ciencia y con las tendencias renovadoras. Lo adiestró en la observación disciplinada dentro de la exhuberancia y en el amor al conocimiento exacto. Dichas virtudes se transfundieron en el rigor de su prosa, llena de gracia y de agudeza, aereada por las ráfagas que comunican el espíritu y la vida. Alfonso Reyes afinó luego el don de lucidez en sus estudios sobre la lengua y la literatura.

También debe a aquellas tenidas platónicas bajo el cielo indio de Anáhuac su vocación de humanista americano. Reyes representa esa función con contornos personalísimos y con una ejemplarizadora libertad de formas. Su moderno humanismo no es ninguna postura convencional. Busca el entronque de la cultura occidental con la realidad operante del Nuevo Mundo, con las relaciones que de un modo singular vinculan acá el hombre a la tierra, a la sociedad y a la historia de nuestro continente. Si Juan Ramón Jiménez se llamó "andaluz universal", Reyes podría definirse como el mexicano que llega a la universalidad de los valores de la cultura gracias al particularismo de América.

En un ensayo de *La experiencia literaria*, Reyes puntualiza su posición al respecto: "Desafío al latín clásico a expresar —dice— con sus propios recursos y entregado al enredijo de sus declinaciones —etapa anterior a la especialidad sintáctica que representan las partículas regimentales— lo que yo me soy capaz de expresar en mi castellano vulgar del siglo XX". Es, pues, el saber de Alfonso

Reyes una cultura viva y humanizada que ha descendido de los estantes de la biblioteca y se ha puesto a andar en medio de las gentes y de las pasiones contemporáneas.

Por eso, a medida que Reyes se adentraba en el estudio del siglo de oro de las letras hispánicas, descubría mejor los nexos y la originalidad de poetas y escritores nacidos en América durante la Colonia. Ahí están sus trabajos para revalorar a Ruiz de Alarcón, Oquendo y otros. Reyes estaba en el secreto de dónde "los dos caminos" —el americano y el peninsular— se encuentran y dónde se bifurcan.

El último libro de Alfonso Reyes, *La experiencia literaria*, patentiza su rol de espíritu-puente entre el erudito y el mundo de la literatura, cuyas puertas dan al campo sin puertas de la creación. Aproxima ambas esferas sin simplificarlas, buscando en lo vital el punto de contacto.

Luis EMILIO SOTO.

Argentina Libre,

Abril 1º de 1943 - Año IV.

No. 142.